

## CAPÍTULO VIII

DONDE EL AMOR ES MÁS FUERTE QUE EL DEBER

Además de las consecuencias de su resolución, ya previstas por el capitán Tres Villas, había otra en que no había pensado.

Un simple vistazo á la hacienda la hará palpable al lector.

En el salón que ya conocemos, se hallaban reunidos don Mariano y sus dos hijas; y su situación era de tal naturaleza que justificaba perfectamente el silencio con que se acogió la conminación del capitán realista. De pie ante la puerta y puñal en mano, Arroyo y Bocardo trazaban al hacendado la línea de conducta que debía seguir.

— Oiga Ud., señor don Mariano — decía el bandido con el tono brutal que acostumbraba — yo creo que su lealtad rehusará entregar á los huéspedes de su casa.

— Es verdad — respondió don Mariano — y Ud. puede estar seguro...

— Ya lo sé: Ud. se negará á entregarnos; pero este capitán del diablo hará saltar la puerta y nos cogerá á pesar de sus gritos. Esto es lo que yo quiero evitar.

— ¿Conoce Ud. algún medio de impedirlo?

— Sin duda: hay uno muy sencillo. Este *coyote* de

Belcebú ha sido su amigo. Por mi condición de sirviente de su casa... en otros tiempos... sé muy bien lo que aquí pasa; y sé que él tiene pasión por la encantadora doña Gertrudis y, por consiguiente, considerará mucho el terrible peligro que Ud. corre.

— ¡Un peligro! no comprendo...

— Ya me comprenderá Ud. Ud. dirá al capitán que si se decide á hacer saltar la puerta, nos cogerá vivos indudablemente; pero que en cuanto á Ud. y á sus dos hijas no encontrará sino los cadáveres. ¿Me comprende Ud. ahora?

Podían ser menos explícitas las palabras de Arroyo: la expresión de ferocidad impresa en su fisonomía revelaba su pensamiento. Las dos hijas del hacendado se arrojaron con espanto á sus brazos.

En aquel momento el sonido del clarín se dejó oír de nuevo y la voz amenazadora del soldado llegó hasta los oídos de los huéspedes de la hacienda.

El hacendado, temblando por la suerte de sus dos hijas entregadas sin defensa á los dos antiguos vaqueros, cuyos cómplices obstruían el corredor, dejó sin respuesta la segunda conminación, más imperiosa ya que la primera.

— ¡Con mil demonios! — exclamó el bandido. — ¡No hay que pensarlo tanto! Salga á la ventana si teme Ud. presentarse cara á cara con este rabioso capitán y dígame sin rodeos la cosa, si no...

El clarín que por la tercera vez lanzó sus amenazadores sonidos hasta las dos espantadas jóvenes, interrumpió al bandido.

— ¡A saco la casa de los enemigos de España! gritó una voz cuya entonación llevó al alma de Gertrudis un estremecimiento de terror y de alegría al mismo tiempo. Era la voz de don Rafael.

— ¡Un instante aún! — gritó don Mariano presentándose en el peristilo que guarnecía la baranda y desde donde su vista llegaba hasta la planicie, á la vez que él mismo se ofrecía á las miradas de los de fuera. —

Tengo que decir dos palabras al capitán. ¿Dónde está?

— Aquí estoy. ¿No me ve Ud.?

— ¡Ah! Perdón — dijo el hacendado con una sonrisa de amargura. — ¡No había conocido hasta hoy al capitán Tres Villas sino como un amigo; y no lo reconocía en el hombre que amenaza con la ruina el techo bajo el cual se ha hospedado!

A esta frase imprudente, de la cual el hacendado no pudo quitar la ironía, un vivo rubor reemplazó la palidez de que se hallaba cubierta la frente del capitán.

— Y yo — respondió el capitán — no veo en Ud. hoy sino á uno de los autores de la impía insurrección que he jurado sofocar y al dueño de una casa de que son huéspedes los bandidos. ¿No ha oído Ud. que es preciso entregármelos?

— En ningún caso querría traicionar á los que he prometido defender — continuó don Mariano, arrastrado á pesar suyo, más allá de los límites que se había trazado — pero en éste, no es libre mi voluntad; y tengo encargo de decirle, de parte de los que Ud. persigue, que nos matarán á puñaladas á mis dos hijas y á mí, antes de caer en sus manos. Nuestra vida responde de las suyas, capitán. Toca á Ud. ahora decidir si persiste Ud. en que le sean entregados.

La amargura había desaparecido del lenguaje del hacendado; y pronunció las últimas palabras con firmeza digna y triste cuyo acento resonó dolorosamente en el corazón del capitán.

Una nube obscureció los ojos de don Rafael á la idea de Gertrudis cayendo bajo el puñal de los guerrilleros á quienes conceptuaba capaces de cumplir su amenaza. Casi se consideró feliz de que se le presentase ocasión para cumplir un deber de humanidad no menos imperioso que aquel al cual había obedecido hasta entonces.

— ¡Bien! — dijo después de un corto silencio, pues esta vez su firmeza se hallaba vencida de antemano. — Lleve Ud. al bandido que se llama Arroyo la solemne promesa de que nada tendrá que temer si se presenta.

Otorgo esto, no como un perdón, sino como un aplazamiento que la humanidad me obliga á concederle.

— ¡Oh! ¡yo no necesito de su palabra! — exclamó impudentemente el bandido colocándose al lado de don Mariano. — ¿Acaso no tengo aquí dentro rehenes que responden mejor de mi vida? Ahora bien ¿qué quiere Ud. con Arroyo, señor capitán?

Con las venas de la frente hinchadas, los labios temblorosos y los ojos arrojando llamas al ver á uno de los asesinos de su padre, al hombre que por tanto tiempo había perseguido inútilmente, al bandido, en fin, á quien podía coger vivo y que debía dejar escapar, el capitán tuvo necesidad de un momento para aplacar las pasiones impetuosas que rugían en el fondo de su corazón.

Pero, sin que él lo notase, su mano crispada apretaba violentamente las riendas del caballo, sus espuelas se hundían en sus ijares de tal manera que el animal dió un bote, y enderezóse sobre sus patas traseras para caer de un salto, casi contra la puerta de la hacienda.

Dijérase que el jinete quería franquear el obstáculo que le separaba del feroz guerrillero. El bandido no pudo disimular un gesto de espanto.

— Lo que yo quiero con Arroyo — respondió al fin el capitán — es grabar sus facciones en mi memoria para reconocerlas cuando lo persiga para amarrarlo vivo á la cola de mi caballo.

— Si es para decirme estas ternezas para lo que Ud. me llama...

El bandido hizo ademán de entrarse.

— Oye, exclamó don Rafael, tendrás la vida segura, te lo he prometido; ¡la humanidad me impone el deber de perdonarte!

— ¡Así no se lo agradezco, capitán!

— Tu reconocimiento sería un ultraje ¡pero si en el poco de lodo sangriento que te sirve de corazón hay algún valor, monta á caballo, toma las armas que te plazcan y sal solo de este recinto: te desafío á un duelo á muerte!

Y al hablar así, el capitán se alzaba sobre sus estribos y la nobleza de su semblante contrastaba por modo sorprendente, con el semblante bajo y feroz á la vez del hombre á quien desafiaba. El ultraje lanzado por don Rafael le golpeó en pleno rostro; pero Arroyo no tuvo valor sino para devorarlo.

— ¡Bah! ¡Claro! — dijo afectando chancearse — ¡cincuenta contra uno!

— Comprometo aquí, solemnemente ante mis soldados, ante Dios, mi palabra de gentilhomme de que, cualquiera que sea el resultado del combate, es decir, si yo sucumbo, nada te sucederá.

Por un momento el bandido se quedó indeciso y mudo. Se habría creído que calculaba las probabilidades del combate; pero ya muchas veces había visto el valor personal del capitán. No se atrevió á aceptar.

— ¡Rehusó! — dijo.

— ¡Deja tu caballo: combatiremos á pie!

— ¡Demonio! rehusó, le digo.

— Lo sospechaba; pero oye aún: te doy mi palabra de que nada se te hará si quieres permitir á los habitantes de esta casa, que yo designaré, que la dejen para venir conmigo á ponerse bajo la salvaguardia de un enemigo leal.

— Lo rehusó también — respondió Arroyo.

— ¡Tú no eres hombre! y cuando esta mano te tenga, en vez de tratarte como hombre, te haré morir bajo el látigo como un perro rabioso!

Después de haber lanzado este adiós terrible, el capitán hizo dar la vuelta á su caballo y volvió las espaldas al bandido con un gesto del más profundo desprecio.

El clarín resonó de nuevo y el destacamento volvió á tomar el camino de las montañas. Don Rafael llevaba de esta entrevista, cuyo resultado fuera tan doloroso para él, un resentimiento profundo por las palabras demasiado sinceras de don Mariano, además de la mortal inquietud que sentía á la idea de dejar á sus dos hijas en poder de un monstruo como Arroyo.

Sus temores á este respecto sólo se realizaron en parte: dos días después supo por uno de sus ojeadores, que Arroyo y Bocardo habían abandonado la provincia después de robar la hacienda y que los habitantes de Las Palmas no habían sufrido otra desgracia.

El capitán Tres Villas creyó entonces de su deber obedecer las órdenes que había recibido de reunirse á su cuerpo. Caldelas acababa de obtener un mando; y ambos habían marchado, dejando la guarnición del Valle bajo las órdenes de un teniente catalán de apellido Varaegui.

Don Rafael había tomado participación activa en la batalla de Calderón en donde el general Caldelas dispersó con seis mil hombres á los cien mil insurgentes de Hidalgo. Después guerreó constantemente en diversos puntos del reino; y regresaba de San Blas á Oaxaca en el navío que se nos apareció por un momento, cuando al llegar, nuevas órdenes le enviaron al sitio de Huajapam.

Su antiguo hermano de armas, Caldelas, se encontraba allí con el grado de mariscal de campo, en tanto que, menos feliz, don Rafael no tenía sino el de coronel.

Volvamos ahora á Julián que tan viva emoción causó al coronel al hablarle de un mensaje importante.

La ausencia, dice un moralista, disipa un sentimiento pasajero, en tanto que inflama una pasión profunda lo mismo que el viento que apaga una vela, aumenta el furor de un incendio. La ausencia había producido en don Rafael, el efecto del viento sobre el incendio; siempre esperaba que Gertrudis le enviara un mensaje de perdón y de amor.

No se extrañará, pues, la turbación causada en el ánimo de don Rafael al anuncio de la llegada de un mensajero.

— Y bien, Julián, ¿qué tienes que decirme? — dijo el coronel disimulando lo mejor que le fué posible la emoción que le agitaba — ¿Se han apoderado los insurgentes de nuestra fortaleza?

— ¡Oh no! — respondió Julián — los hombres de nuestra guarnición no se quejan sino de la tranquilidad de que se les deja gozar. Algunas correrías en el campo

que salvan del pillaje alguna rica hacienda, no les causan pena. Por lo demás, las noticias que traigo á Vuestra Señoría son de las que les procuran esta satisfacción.

— ¿Es entonces un mensaje de guerra el que me traes? — dijo el coronel con aire de triste contrariedad que sorprendió á Julián.

— Un mensaje de venganza; pero para comenar por lo menos importante, creó será agradable á Vuestra Señoría el saber que traigo conmigo á su buen caballo *el Roncador*.

— ¿*Roncador*?

— Sí, el animal que se había perdido cuando el asunto de Las Palmas. Allí lo recogieron á lo que parece y sobre todo lo cuidaron... ¡oh! lo cuidaron á maravilla y nos lo han enviado á la hacienda.

— ¿Quién lo ha enviado? — exclamó vivamente don Rafael.

— ¿Quién podría ser sino don Mariano Silva? Uno de sus criados lo llevó allá hace tres días, diciendo que el amo á quien había pertenecido lo volvería á ver tal vez con alegría. Luego, como Ud. lo perdió ensillado y enfrenado, lo remitieron con las riendas y la silla; y la prueba de esto es que el *Roncador* llevaba, á fe mía, sobre su frente, un precioso rosetón de cintas rojas!

— ¿Dónde está ese rosetón? — preguntó don Rafael con tanto mayor apresuramiento cuanto que creía adivinar la mano que lo atara.

— Uno de nuestros hombres, Felipe el Galán, se hizo con él una cucarda.

— ¡Felipe es un pícaro á quien castigaré por su abuso! — exclamó don Rafael con cólera.

— Ya se lo he dicho. Ahora debo decirle todavía que el mensajero de don Mariano llevó una carta para Ud.

— ¡Y tú no has comenzado por decírmelo!

— Yo principié por el principio — replicó el flemático Julián. — Aquí está la carta.

Y diciendo estas palabras, el mensajero sacó de su bolsillo un paquetito de hojas de maíz en que había envuelto

la carta por precaución y la entregó á don Rafael que la tomó con una mano de que inútilmente trataba de disimular el temblor nervioso.

— ¡Bien! — dijo con frialdad. ¿Hay algo más que decirme?

Aquella carta podía ser de Gertrudis; y el coronel no tuvo otro objeto al afectar tanta frialdad que reservarse el placer de leerla cuando se hallase solo.

— Arroyo, Bocardo y sus bandidos han reaparecido en la provincia — continuó Julián — y el teniente Varaegui me envía...

— ¡Arroyo, Bocardo! — interrumpió don Rafael sacado de repente del país de los dulces sueños al de las ideas de venganza. — Di de mi parte al teniente Varaegui, que dé doble ración á sus caballos para alistarlos á entrar en campaña; que dentro de algunos días estaré con él para principiarla; porque después del próximo asalto que demos, ó Huajapam será tomada ó levantaremos el sitio. Obtendré permiso del general en jefe; y aunque tengamos que pegar fuego á la provincia por sus cuatro rumbos para prender al fin á estos dos bandidos, lo haremos. Vete, Julián.

Iba á partir el mensajero, cuando don Rafael, al ver sobre una mesa la carta que le prometía un instante de dicha, se dirigió de nuevo á Julián diciéndole:

— Espera; has sido el mensajero de buenas noticias: quiero recompensarte.

Y le puso en la mano una onza de oro que Julián se apresuró á recibir, no sin profunda sorpresa de verse tan generosamente recompensado por haber conducido la noticia de la reaparición de Arroyo y de su cuadrilla. Sin embargo, su alegría sobrepasó aún á su sorpresa.

Cuando partió, don Rafael tomó la carta y la tuvo un instante entre sus manos sin atreverse á abrirla. Su corazón palpitaba con violencia pues no dudaba que aquella carta fuese de Gertrudis; y era la primera señal de recuerdo que recibía de ella desde hacía cerca de dos años que abrazara la causa realista.

Al fin rompió el sobre. La carta, escrita por mano de mujer, que podía ser tanto la de Marianita como la de Gertrudis, contenía estas pocas palabras que nada precisaban :

« Los habitantes de Las Palmas no han olvidado que son deudores de don Rafael de un servicio prestado en circunstancias muy críticas; y piensan que quizás al coronel le agradaría recobrar un caballo que el capitán Tres Villas ha tenido sus razones para estimar. »

— ¡ « Deudores » ! — exclamó don Rafael con amargura — ¡ qué ingratitud ! ¿ No se diría que al traicionar por su causa un juramento hecho sobre la cabeza de mi padre, no les hice sino un servicio de pura cortesía ? ¡ Vamos ! ¡ Tratemos de no pensar más en los que me han olvidado !

El coronel, sin embargo, colocó la carta que él se imaginaba haber sido tocada por Gertrudis, en una bolsita de su uniforme, precisamente sobre su corazón.

A pesar de todo, y mientras hacía el trayecto de su tienda á la del general en jefe, donde iba á reunirse el consejo de guerra, un rayo de esperanza se obstinaba en hacer luz dentro de su angustiado corazón. Gertrudis sabía cuánto estimaba él á ese caballo, con frecuencia acariciado por su mano. He aquí por qué sin duda ella se lo enviaba con aquel lazo de cintas rojas destinado á recordarle las flores con que en tiempos más felices, adornaba la frente del animal.

El brigadier Bonavía, los comandantes Caldelas y Régules se hallaban sentados alrededor de una mesa cubierta con un espeso tapete verde, cuando el coronel entró en la tienda. El consejo no había comenzado aún.

— ¡ Y bien, coronel ! — dijo el general de brigada — he sabido que Ud. acaba de recibir un mensaje. ¿ Es confidencial ó puede su tenor interesar á la causa realista ?

— El teniente que manda por el rey en la hacienda del Valle, me avisa que los dos guerrilleros, los dos bandidos puestos fuera de la ley, Arroyo y Bocardo, han reaparecido con su banda en la provincia; y después de la

toma de esta bicoca, tendré el honor de solicitar de Vuestra Excelencia, la misión de ir yo mismo á batirlos como á bestias feroces.

— Esa misión le será confiada, coronel. No podría encontrar á nadie más digno de cumplirla.

— Por lo menos, nadie pondría en ello tanto empeño — añadió Rafael.

El consejo de guerra comenzó. Sin dar cuenta de sus detalles, nos limitaremos á referir lo que haga conocer las posiciones de sitiadores y sitiados.

— Señores — dijo el general — mañana hará ciento catorce días que principiamos el sitio de lo que el coronel Tres Villas llama con razón una bicoca. Sin contar con las escaramuzas, hemos dado quince asaltos; y sin embargo, hemos adelantado tan poco como el primer día.

— Menos aún — dijo Régules cuando el brigadier concluyó su corto discurso — pues la confianza de los sitiados ha crecido con el éxito de su resistencia. No tenían cañones y el coronel Trujano posee hoy tres piezas que ha fundido con las campanas de las iglesias.

— ¡ Esto es decir implícitamente que el comandante Régules es de opinión que se levante el sitio ! — exclamó Caldelas con alguna ironía.

Desde mucho tiempo atrás existía una secreta animosidad entre los dos mariscales de campo, Caldelas y Régules, el uno de una bravura y de una lealtad á toda prueba, el otro con frecuencia cruel sin necesidad y de un valor quizá más que dudoso.

— Es la cuestión de levantar ó continuar el sitio la que tenemos que discutir — interrumpió el general. — Es al coronel Tres Villas como al más joven y de menos graduación á quien primero toca opinar. Hable, coronel.

— Cuando mil quinientos hombres sitian una plaza como Huajapam, defendida apenas por cuatrocientos, deben tomarla ó hacerse matar hasta el último bajo sus atrincheramientos; pues de otro modo, es comprometer á la vez su honor y el éxito de la causa que defienden.

Tal es la opinión que tengo el honor de someter á Vuestra Excelencia.

— ¿Y Ud., comandante Caldelas, qué aconseja?

— Como el coronel — respondió Caldelas. — Levantar el sitio, sería el más pernicioso de los ejemplos para los realistas y un deplorable envalentonamiento para la insurrección. ¿Qué diría el bravo comandante en jefe de las tropas del rey don Félix Calleja? Durante cien días sitió en Cuautla á un general más hábil, más temible que Trujano, Morelos; y al cabo de esos cien días, era dueño de la ciudad.

— Morelos la había evacuado — objetó Régules.

— ¿Qué importa? Él se confesó vencido; y la bandera de España tuvo los honores del sitio.

Llegó á Régules el turno de hablar.

Enumeró largamente la lentitud y las dificultades del sitio, los asaltos infructuosos y sangrientos que se habían librado; trató de demostrar cuán perjudicial era para su causa, que un vano punto de honor se hiciera prevalecer sobre las necesidades políticas que imperiosamente exigían que no se dejase consumir delante de una aldea sin importancia, el valor de mil bravos soldados, mientras que Morelos marchaba sobre Oaxaca. «Y cuando digo mil soldados — agregó — no es sin razón; pues el coronel al hablar de mil quinientos, ha contado también á los muertos... Hasta ahora — continuó — en todos nuestros encuentros con el enemigo en diversos puntos del reino, no hemos tenido que hacer sino con soldados electrizados por lo que ellos llaman el amor de la patria, mientras que ante nosotros combaten los sitiados fanatizados por el espíritu religioso de Trujano, que inspira á los habitantes de esa pequeña ciudad un valor igual al de sus soldados. Así, pues, no son solamente trescientos enemigos los que se hallan ante nosotros, sino más bien mil fanáticos que se baten desesperadamente y mueren cantando. Mientras que nosotros nos agotamos en inútiles esfuerzos, la insurrección se propaga en la provincia; y aquí perdemos un tiempo que se debía emplear

más útilmente en sofocarla. Así pues, mi opinión es levantar un sitio por todos conceptos desastroso.

— Los sitiados recuerdan las hazañas de Yanguitlán — dijo Caldelas; he aquí por qué se defienden tan bien.

A esta alusión, cuyo sentido explicaremos más tarde, Régules se mordió los labios de despecho; y contestó con una mirada de odio reconcentrado á la irónica mirada de Caldelas.

Desde el punto de vista de un general en jefe, responsable de la vida de sus soldados y por eso mismo menos accesible al punto de honor que un oficial de inferior rango, no faltaba cierta solidez á los argumentos alegados por Régules; y el general participaba de su opinión.

Sin embargo, sin querer usar de la preponderancia que le daban su grado y la autoridad de comandante, propuso un término medio.

Consistía en intentar el día siguiente un último y terrible asalto y levantar el sitio si resultaba infructuoso como los precedentes.

El general en jefe hablaba aún cuando un ruido vago y lejano se dejó oír en dirección de la ciudad sitiada. Aquel ruido parecía tener por origen las diversas entonaciones de un canto solemne elevado en acción de gracias. Bien pronto el sonido de los clarines y la tronazón de numerosos cohetes quemados en señal de júbilo, se distinguieron perfectamente.

— ¡Esos regocijos públicos son de mal presagio para nosotros! — exclamó Régules cuando ya no se dudó de aquel alegre tumulto. — No es mañana cuando debemos levantar el sitio: ¡es hoy!

— ¡Es decir, que hay que huir de los petardos! — replicó Caldelas.

— ¡Caer como las murallas de Jericó ante las trompetas! — añadió el coronel.

— ¡Ojalá que no tenga yo razón! dijo Régules.

Y á pesar de su opinión, el consejo determinó dar un último asalto el día siguiente.

Aquel asalto, sin embargo, no debía verificarse. Dire-

mos en el capítulo siguiente las razones que para ello se opusieron; y daremos á conocer la causa de las muestras de alegría que partían de la ciudad sitiada.

Terminado el consejo, los oficiales volvieron á sus tiendas. Don Rafael tenía prisa de verse solo para reflexionar á su anchas acerca del sentido del mensaje que recibiera; y sobre todo, para acariciar aquel dulce rayo de esperanza que acababa de llenar su corazón tan triste hasta entonces.

No se dignó ni aun de prestar atención al ruido alegre de los sitiados, por más que todo el campo español se hallase preocupado con él como de un siniestro augurio.

## CAPÍTULO IX

VALERIO TRUJANO

El viejo muletero á quien hemos visto no quererse exponer á los azares de la guerra antes de haber pagado religiosamente sus deudas, hoy el coronel don Valerio Trujano, era un guerrillero como abundaban tanto entonces. Sin embargo, el renombre de que gozaba dentro de los límites de su esfera, era un motivo constante de inquietud para los jefes realistas de la ciudad de Oaxaca. Creyeron que llegaba la oportunidad de aplastar aquel temible enemigo, falto ya del apoyo de dos de sus compañeros, don Miguel y don Nicolás Bravo, guerrilleros como él, á quienes Morelos acababa de llamar á Cuautla.

Era tal la importancia que se daba al vencimiento del religioso insurgente, que el gobierno hizo marchar contra él á casi todas las fuerzas de la provincia. Trujano se hallaba entonces en la población de Huajapam, donde lo hemos visto ya; y fué allí donde se inmortalizó por la hermosa defensa que hizo de la pequeña ciudad abierta por todos lados; felizmente para él, Huajapam se hallaba abundantemente provista de viveres.

La resistencia se habría hecho imposible si no se hubiesen violado las reglas ordinarias; eso fué lo que hizo Trujano.